

Se aplaude al hombre que, después de la pérdida de un pariente, persigue sin cesar á aquel á quien acusa de su muerte; y por lo contrario, las miradas amenazadoras y las burlas de sus compañeros hacen insoportable la vida al hombre que falta á tal deber. Lo mismo decimos por lo que toca al cumplimiento de los diversos deberes cuyo uso se ha establecido. No es raro en ciertas sociedades incivilizadas que un hombre se arruine para sufragar los gastos de un banquete fúnebre; en otras el deseo de evitar los gastos con motivo de las fiestas de una boda es razón para matar un niño varón, esto para aquellos pueblos en que el gusto de la ostentación hace que sean enormes los gastos de dichas fiestas.

Ha sido necesario hablar de ese sentimiento ego-altruista, que probablemente pone gran tiempo para probar su fuerza en tanto que progresa la agregación social, y ha sido esto necesario porque desde el primer momento desempeña un papel importante como freno, papel que todavía continúa desempeñando. Combinado con el sentimiento de la sociabilidad, ha sido siempre una fuerza que ha tendido á reunir las unidades de cada grupo, y á cultivar una conducta en beneficio de la felicidad de un grupo. Probable es que ese sentimiento hubiese producido ya una cierta subordinación, antes de que existiera subordinación alguna política; y aun en ciertos casos, contribuye en nuestros días á asegurar el orden social.

He vivido, dice Mr. Wallace, en las sociedades de los salvajes de la América del Sud y del Oriente, donde no existe ley alguna, ni otro tribunal que la opinión pública de la aldea que se expresaba públicamente. Todo el mundo respetaba de una manera escrupulosa los derechos de su compañero, y rara era la vez que se infringían dichos derechos. En esas sociedades todos los hombres son iguales.

Queda todavía por examinar los rasgos del carácter primitivo que deben su existencia á la presencia ó á la ausencia de los sentimientos altruistas. Como estos tienen la simpatía por raíz, deben, en la hipótesis de la evolución, desarrollarse en la medida que las circunstancias dan á la simpatía ocasión de obrar, es decir, según favorezcan la conservación de las relaciones conyugales y familiares, que igualmente favorecen la sociabilidad, y en la proporción en que pongan obstáculo á las tendencias agresivas.

Hasta donde se extienden los hechos que justifican esta conclusión *a priori*, no es fácil decirlo: es muy difícil deducir un hecho y generalizarlo. Multitud de

causas conspiran para inducirnos á errar. Nosotros admitimos que las manifestaciones del carácter de cada raza ofrecerán una conformidad tolerable; pero esto no es así. Los individuos, lo mismo que los grupos, difieren mucho; por ejemplo, en Australia, según dice Sturt, una tribu se muestra «decididamente pacífica» y otra «decididamente turbulenta.» Nosotros admitimos también que los rasgos de carácter que la observación revela serán semejantes en todas las ocasiones sucesivas; y eso tampoco es exacto: la conducta que una tribu tiene para con un viajero, no se parece en nada á la que tiene para con otro que venga tras él. Así sucede de una manera muy frecuente, que las manifestaciones del carácter que se observan en una raza aborígena cuando una segunda visita, están determinadas por el trato que recibieron de los primeros visitantes: dolorosas experiencias cambian sus buenas disposiciones en sentimientos hostiles. Es por esto que los viajeros que visitaron la Australia hace mucho tiempo, hablan de los naturales de una manera más favorable de lo que lo hacen los viajeros contemporáneos; y es por igual razón que Earl dice, hablando de Java, que los indígenas que habitan las partes de la isla poco frecuentadas por los Europeos, «tienen una moralidad superior á la de los naturales de la costa septentrional,» que tienen con los Europeos mayores relaciones. Cuando el capitán Erskine nos dice, como resultado de lo que ha visto en el Pacífico, «que no es improbable que el comerciante extranjero esté obligado á volver á tomar los hábitos de honradez y de decencia por exigírselo la misma gente á quienes llaman por costumbre «los pérfidos é incorregibles habitantes de las islas del bosque de Sándalo;» cuando vemos que en unas islas de la Nueva Caledonia, á Vate, los naturales llaman á los blancos «los foragidos del mar,» no podemos olvidar que por desgracia esas y otras peores calificaciones tienen merecidas los Europeos por sus tratos en esas regiones, y entonces es cuando comprendemos cómo puede variar en distintas ocasiones la conducta de los naturales, y cómo de ello pueden resultar relaciones contradictorias sobre su carácter.

Además de la dificultad que esas diferencias levantan, existe otra que proviene de la impulsividad de que ya hemos hablado, y que nos pone en presencia de una variabilidad muy engorrosa, tan pronto queremos formarnos una idea de lo que es por término medio el carácter del salvaje. No sería difícil, dice Livingstone, al hablar de los Makololos, hacer ver que ese pueblo es excesivamente bueno ó excepcionalmente malo. Y los rasgos incompatibles que hemos citado, tomados del capitán Burton, suponen una experiencia análoga. De modo que tanto respecto á este particular, como para todos los otros carac-

teres emocionales, tenemos que buscar un término medio en las manifestaciones que nos ofrecen, como es de esperar, el aspecto de un caos, y que vienen además á desnaturalizar las diversas relaciones que han existido entre aquellos que con los naturales las han mantenido.

Para nosotros, la mejor guía será tomar, en lugar de los sentimientos altruistas propiamente dichos, el sentimiento que de ordinario concurre con ellos, el instinto *parental*—el amor para el sér desvalido.—Véanse los *Principios de Psicología*, párrafo 532.—Es de toda necesidad que las razas humanas, las más inferiores, como los animales inferiores, lo posean en gran escala, puesto que bastaría que faltase para que el resultado indudable de ese defecto fuese la desaparición de la especie ó de la variedad. Término medio solo esos pueden sobrevivir en su posteridad, por el amor que les lleva á dar sus cuidados al nuevo vástago; y entre los salvajes el sacrificio es tan grande, si no mayor, que entre los pueblos civilizados. De aquí que con la ternura en favor de los hijos que manifiestan hasta los hombres de los más bajos rangos de la especie, aunque, con la impetuosidad que les es comun, junten una gran crueldad. Así por ejemplo, los Fuegienses, de quienes se nos dice «que son muy tiernos para sus hijos,» no dejan por esto de venderlos á los Patagones como esclavos. Ponderárase también el gran amor que los naturales de la Nueva Guinea tienen por sus hijos, y sin embargo, cada uno de ellos daría «uno ó dos» al comerciante, en cambio de aquello de que sintieran necesidad. Eyre cuenta que los naturales de Australia tienen por carácter una afección parental profunda; y sin embargo, además de acusárseles de abandonar á los pequeñuelos enfermos, Angas afirma que, en Murray, alguna que otra vez sucede que matan á una criatura para tener grasa con que cebar los anzuelos. Aunque se ha descrito el instinto parental como muy fuerte entre los Tasmanios, sin embargo el infanticidio existía entre ellos, y se enterraba vivo al recién nacido si su madre venía á morir de parto; y bien que los Bosquimanos mantengan á sus hijos en medio de las más grandes dificultades, lo que supone que sus padres hacen para ello los mayores sacrificios, Moffart cuenta «que matan sin remordimientos á sus hijos en diversas circunstancias.» No hay para qué acumular de un lado pruebas del amor para los vástagos, y del otro ejemplos de violencia que llegan hasta dar muerte á un niño por haberse caído algo que llevaba, no; nosotros tenemos derecho para decir que la filoprogenitividad del hombre primitivo es fuerte, pero que como todas sus otras emociones, obra en general de una manera irregular.

Recuérdese, pues, todo esto, y se verá que no es difícil conciliar los testimonios contradictorios que ora afirman el egoísmo excesivo de los salvajes, ora

su extremado sentimentalismo, su crueldad y su bondad. De los Fuegienses se dice que están llenos de ternura unos para con otros, y sin embargo, en las épocas de carestía matan á las mujeres viejas para comérselas. Mouat, que describe á los Andamanes por una «raza sin piedad,» añade, empero, que el Andaman que se llevó á Calcutta tenía un carácter muy bueno y muy amable. Varios son los que reprochan á los Australienses el cometer á menudo actos de atroz crueldad. Pero eso no basta para que Sturt y Eyre no estén de acuerdo para certificar de su bondad, abnegación, y hasta de su caballeresca generosidad. Lo mismo puede decirse de los Bosquimanos. Lichtenstein opina «que no hay salvaje que lleve su brutal ferocidad más lejos;» pero Moffat dice «que se sintió profundamente impresionado por los sentimientos simpáticos de esos mismos Bosquimanos,» y Burchell nos dice que se muestran recíprocamente «por extremo hospitalarios y generosos.» Así, pues, no se encuentran entre las razas más inferiores la extrema brutalidad de que nos sugiere idea el nombre de salvajes que les damos. Y cuando nos elevamos á razas que ocupan en la escala social un rango superior, encontramos desde luego abundantes testimonios que garantizan la existencia de buenos sentimientos. Dícese que los Nuevos Caledonianos tienen un carácter dulce y bueno; los Tanneses «se despepitan por hacerse serviciales,» y de los habitantes de la Nueva Guinea se dice «que son de un buen natural y de un carácter compasivo.» Si pasamos de los Negritos á los Malayo-Polinesios, observaremos iguales caracteres. Los epítetos que se aplican á los habitantes de las islas Sandwich son los de «dulces y dóciles;» á los Tahitianos se califica de «alegres y buenos;» á los Dayaks se les llama «joviales;» á los Dayaks del litoral «sociales y amables;» á los Javaneses «dulces, alegres y de buen humor,» y de los Malayos del Norte de las islas Célebes se dice «que son gente tranquila y de dulces costumbres.» Y por contra, otros nos ofrecen descripciones del todo diferentes. Así se dice que en los Tupis de América del Sud, la venganza es la pasión dominante, y que cuando cazan un animal con lazo, le hacen morir dándole de golpes poco fuertes, «á fin de hacerle sufrir cuanto sea posible.» El rasgo dominante que se atribuye á los Fijianos es «una maldad apasionada y vengativa.» Galton estigmatiza á los Damaras con los epítetos de «viles, ladrones y asesinos;» y Anderson les llama «pícaros rematados.» En algunos casos tribus aliadas nos presentan caracteres opuestos, como sucede para los aborígenes de la India. Mientras que los Bhils pasan por ser muy crueles y muy vengativos, por estar siempre dispuestos á cometer un asesinato por una recompensa insignificante, se dice que los Nagas son «buenos y honrados;» los Bodos y los Dhimals «llenos de cualidades agra-

dables, honrados y verídicos, sin arrogancia, sin espíritu de venganza y sin crueldad; en fin, el doctor Kooker dice que el carácter de los Lepchas «es realmente amable, pacífico, y en modo alguno disputador,» cosa «que les distingue mucho de sus vecinos del Este y del Oeste.»

Sin necesidad de más amplios detalles, podemos, pues, dar por claramente demostrado que, si el hombre primitivo no tiene sino una flaca bondad, en modo alguno se distingue, como á menudo se ha creído, por una mala voluntad activa. En verdad, basta echar una mirada para ver por lo contrario que, si entre los salvajes no se da con frecuencia ninguna la crueldad por la crueldad, que ésta se encuentra con sobrada frecuencia entre los hombres más civilizados. Los sanguinarios Fijianos han alcanzado un considerable desenvolvimiento social. Burton dice que en el Fan, «la crueldad parece una necesidad de la vida;» y sin embargo, los Fans han progresado mucho en el camino de las artes y de sus aplicaciones, viven en pueblos algunos de los cuales tienen hasta cuatro mil almas. En el Dahomey, donde existe una población numerosa, fuertemente organizada, el gusto de los espectáculos sangrientos es á menudo causa de horribles sacrificios; en fin, el sistema social de los antiguos Mejicanos, basado en el canibalismo, y sin embargo tan adelantado bajo todos puntos de vista, prueba que las razas inferiores no son por cierto las más inhumanas.

Una observación de Mr. Bates nos servirá para formarnos exacta idea de la naturaleza moral del hombre primitivo, y es «que la bondad de los Indios, como la de la mayor parte de aquellos entre los cuales vivía, consistía tal vez más en no poseer cualidades activas, que en las buenas que poseían; en otros términos, que su bondad era más bien una cualidad negativa, que no una cualidad positiva...» «Las buenas relaciones que nuestros Cucamas mantienen entre sí, parecen provenir más de una simpatía calurosa, que por no sentir por las pequeñas cosas sentimientos de ardiente egoísmo;» y todavía conciliaremos mejor tan contradictorios rasgos, observando como el perro, en quien se unen de un lado la facultad de profunda adhesión, con la sociabilidad, y hasta con la simpatía, y un egoísmo habitual, y una ferocidad atolondrada de otro, pasa fácilmente de una disposición amigable á la hostilidad, pues si es capaz en un momento dado de arrebatarse á otro perro, su compañero, su comida, al mismo instante marchará corriendo á su socorro, en caso de apuro.

Una clase de pruebas hay que, en medio de sus contradictorias pruebas, nos ofrece un guía bastante seguro, y es el trato que reciben las mujeres. El estado de las mujeres en un pueblo, y la conducta que se tiene para con ellas, indica de una manera sobrada bien la fuerza *media* de los sentimientos altruis-

tas, y la indicación que nos suministra, no dice gran cosa en favor del hombre primitivo. A menudo sucede que el sexo fuerte, en las naciones civilizadas, trata con brutalidad al sexo débil; en general, se trata al más débil como un objeto que se posee, sin tener en cuenta alguna sus aspiraciones y sus derechos, y lo que se puede esperar como más beneficioso, es que no le muestren simpatía alguna. Que esta esclavización, que á menudo va acompañada de la crueldad, y siempre de la indignidad, es una condición normal entre los salvajes, hasta hoy tenida por justa no solo por los hombres, si que también por las mismas mujeres, esa esclavitud, es la prueba de que en despecho de las manifestaciones accidentales de los sentimientos altruistas entre los salvajes, es todavía débil su corriente.

Como preliminar al sumario de esos rasgos principales del carácter emocional, hemos de añadir uno cuyo influencia se extiende por sobre todos los otros, esto es, el de la fijeza del hábito: rasgo que se relaciona con el rasgo físico de la precocidad y de la edad madura de que hemos hablado anteriormente. El hombre primitivo es conservador en el más alto grado. Más aun, si comparamos las razas superiores entre sí, y hasta las diversas clases de una misma sociedad, observaremos que las menos desarrolladas son las que sienten mayor aversión por toda clase de cambios. Difícil es introducir entre el común de la gente un método perfeccionado; se rechaza, no se quiere alimento nuevo alguno. Esta aversión por la novedad es el carácter sobresaliente del hombre incivilizado. Como su simple sistema nervioso, pierde de su plasticidad desde un principio, de aquí que todavía sea más incapaz para someterse á nuevas maneras de obrar. De donde á la vez una adhesión inconsciente y una adhesión explícita á las costumbres establecidas. «Porque esto lo hicieron mis padres, esto lo he de hacer yo;» dicen los negros Honssas. Los indios Criks sueltan la carcajada cuando se les propone «cambiar de costumbres y de un régimen de vida en vigor desde hace tanto tiempo.» A propósito de ciertos pueblos africanos, cuenta Livingstone «que á menudo ofrecía cucharas de hierro á sus amigos, y que aun cuando les gustaba mucho el servirse de la cuchara, la costumbre de comer con los dedos prevalecía.» Así tomaban un poco de leche con dicho utensilio, pero luego lo vertían en su mano izquierda para sorberlo. Lo que nos dice Mr. Taylor de los Dayaks muestra hasta que punto esa tendencia hace inmutables las costumbres sociales, pues «los Dayaks muestran su repugnancia por toda innovación, imponiendo una multa á todos aquellos de entre ellos que cortan leña á manera de los Europeos.»